

FLECHAS Y PELAYOS

30

ADMINISTRACIÓN:
CARRETAS, 10
GTS. TELÉFONO 24730

24 DE ENERO DE 1943
AÑO VI NÚM. 216

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN:
AVENIDA DE JOSÉ ANTONIO, 49-2.º — MADRID
TELÉF. 24367 -- APARTADO 213

¿Qué le dijo Cubillo
a la vaca cuando esta-
ba pescando?

— Anda rabia, ahora
ya somos iguales, por-
que yo también tengo
«pez y uñas».



DIBUJO INFANTIL



Dibuja primero los esquemas número 1. No aprietes el lápiz. Sobre ellos trazas suavemente los dibujos números 2. Y finalmente, sobre estos otros los números 3. Así, gradualmente, sin dificultad, irás encajando los detalles y las formas acabadas sobre unas líneas sencillísimas, como son los primeros dibujos.



Los japoneses en lugar de estampar su firma en las cartas, utilizan unos sellos con las iniciales de su nombre.



Un investigador de la vida infantil, asegura que puede descubrirse el carácter de los niños observando cómo sacan punta a un lápiz. Si el niño arranca mucha madera, demuestra que es impulsivo y generoso; si afila el lápiz excesivamente revela aficiones artísticas y si deja la punta corta, indica economía y viveza, etc.

Curiosidades

El simpático saltamontes poco puede suponer que sus largos muslos sean degustados con deleite. Pues sí, señor, preparados con una salsa tienen un sabor muy parecido al del cangrejo del río.



Durante los seis meses que dura la noche áfrica, los esquimales permanecen siempre encerrados en el interior de sus casas, y sólo por excepción salen de ellas, pues el frío es rigurosoísimo.

Los corredores japoneses del Marañon Olímpico (42 kms.) calzaban unas zapatillas blancas muy originales, pues como indica el dibujo, llevaban el dedo pulgar independiente de los otros. Kilei-Son vencedor de la prueba, os muestra sus zapatillas.



En una biblioteca de Castel-Franco-Veneto (Italia) se ha descubierto un valioso manuscrito referente a la campaña italiana napoleónica del año 1796. Comprende 60 páginas y no contiene indicación alguna sobre su autor.



SEGURO DE VEJEZ

DOCTRINA y ESTILO

Teníamos la revolución pendiente hace más de un siglo, dijo Franco en su último discurso.

Hace más de un siglo que se alzaba el clamor de los pobres, de los obreros, de los desheredados pidiendo una vida más justa, un bienestar mejor repartido, una seguridad ante los accidentes del trabajo y ante las exigencias de la naturaleza. Nada más justo que su reclamación. Son nuestros hermanos, lo son como cristianos y lo son como españoles. Lo son aunque a veces, en sus legítimas exigencias, hayan llegado a la violencia, a la sinrazón y al crimen en el delirio de su desesperación.

Y es ahora cuando por vez primera se trabaja sinceramente, honradamente, para satisfacer las quejas, remediar los males, atender las reclamaciones basadas en la justicia. La justicia social es uno de los postulados más importantes del programa de la Falange; y otro, también primordial, la potencialidad del trabajo. Al fin, está en marcha la revolución pendiente hace más de un siglo, pese a las circunstancias adversas del momento, pese a la oposición silenciosa y subterránea de los poderes que se llaman a sí mismos conservadores, y que parecen cegados por un espíritu empeñado en crear la ruina para ellos y para todos.

Pero que quieran o no quieran la revolución ha empezado y seguirá su curso. Ya son numerosas las leyes que la imponen, y aparecerán las que la completan. Ahora se nos anuncia la del seguro de vejez. Ley revolucionaria, pero necesaria. Para nosotros el hombre no es una máquina que se arrincone cuando ha caído en desuso. Es un ser racional, un hijo de Dios, un ciudadano que ha gastado sus energías en provecho de la comunidad, y a quien por lo tanto la comunidad no puede dejar abandonado. Y España no abandonará en adelante a aquel hijo suyo, cualquiera que sea, que se haya sacrificado por ella.



El collar de la araña

—¡Venid, que es verdad!
¡Miradlo!.....

De perlas,
una gargantilla
tiene la morera.

—¡Que sí!.....

Se aproximan
los chicos y quedan
mirando, mirando,
con la boca abierta.
(Brumoso es el día,
que el sol asemeja;
pasmado entre bruma,
de yeso una rueda).

—¡Aaa.....h!— dicen los chicos
conforme se acercan,
y después:

—¡No toques!.....

—¡Que no se desprendan!.....

—¿Y la araña?

—Oculta.

—Si abriese la niebla.....

—¡Chit!..... no digas eso!.....

¡Anda si se entera!.....

M. Salamanca Rosado.



GUTENBERG

este nombre se le conoce. Nació en Maguncia (Alemania) el año 1400 y murió en la misma ciudad en febrero de 1468. Muy poco se sabe de su infancia y de su juventud. En 1436 se asoció con otras personas para explotar la producción de tipos móviles para imprimir. Los primeros libros impresos por Gutenberg no llevan su nombre como impresor, lo que se atribuye a su modestia y poco deseo de notoriedad. Las primeras letras empleadas eran de madera; después fueron de plomo. Más adelante ensayó con éxito la impresión por ambas caras del papel. ¡Cuánto esfuerzo hasta llegar a la maravilla de los libros de hoy!

GRANDES HOMBRES.

ANTAÑO estaba casi reservado a los monjes de los monasterios el copiar libros famosos como la "Biblia". La tarea era pesada y ocupaba mucho tiempo. Cada ejemplar representaba años de continuo trabajo y se conservaba cuidadosamente en las bibliotecas de los conventos, adonde iban a consultarlos los estudiosos de la Edad Media. Cuando se inventó la imprenta, el pensamiento escrito se puso al alcance de todos los hombres, transformando este invento a la sociedad humana. Se debe esta maravilla al genio de Gutenberg. Aunque no se llamaba así, por

La justicia de Osmán

TEXTO Y DIBUJOS DE BOLAÑO.



El muy poderoso señor Osmán Alí, paseaba en magnífico corcel, entregado a tristes pensamientos por la muerte acaecida, hacía breves días, de su único hijo, cuando su vista se posó sobre un arrapiezo que de edad aproximada al ser querido, contemplaba embobado la magnífica cabalgata que pasaba ante sus ojos.



Osmán halló en el niño gran semejanza con su llorado hijito, y al preguntarle por sus padres, dijo no tenerlos ya que fué sacado de su casa por unos mercaderes y no había vuelto a saber nada de su madre viuda.



El sultán dió orden de que el niño fuese llevado a palacio para su adopción, pero su honradez y amor a la justicia no le permitió prohiar al pequeño sin antes tener la certeza de que en efecto, éste carecía de padres o parientes que cuidaran de él, por lo que hizo pregonar que estaba dispuesto a adoptar al niño e indemnizar a sus parientes si le cedían los derechos sobre él.



A los pocos días se presentaron en palacio dos mujeres diciendo las dos ser la madre del niño. Una exhalaba fuertes gritos y hacía grandes demostraciones de dolor mientras la otra lloraba silenciosamente. Osmán se dirigió a la primera que aceptó prontamente a recibir una gran suma...



...pero la otra anegada en llanto se arrojó a sus pies y le dijo: ¡Oh, poderoso señor! Pobre soy, pero te entregaré unas pequeñas tierras que poseo y trabajaré toda mi vida para tí sin retribución con tal que me devuelvas a mi hijo, que me fué robado por unos malvados.



El sultán conmovido exclamó: ¡He aquí la verdadera madre que renuncia a todo por el amor de su hijo! Este fué educado por Osmán y su madre fué a vivir a su lado a palacio, alcanzando la dicha de ver que su hijo llegó a ser un valeroso y esclarecido príncipe.

FIN.

TEMPLE de RAZA

Reinaba, a la sazón, en León y Castilla, Fernando III, el santo hijo de doña Berenguela, cuando los moros, en son de guerra, se apoderaron de la villa de Quesada, en ocasión de encontrarse el rey Fernando, haciendo una visita a sus vasallos leoneses.

Encargados don Alfonso, hermano del monarca y el arzobispo de Toledo don Rodrigo, de rescatar la villa, lo hicieron con gran valor y presteza, y lo que es más, se adelantaron valerosamente hasta Cazorra, de cuya plaza se apoderaron asimismo.

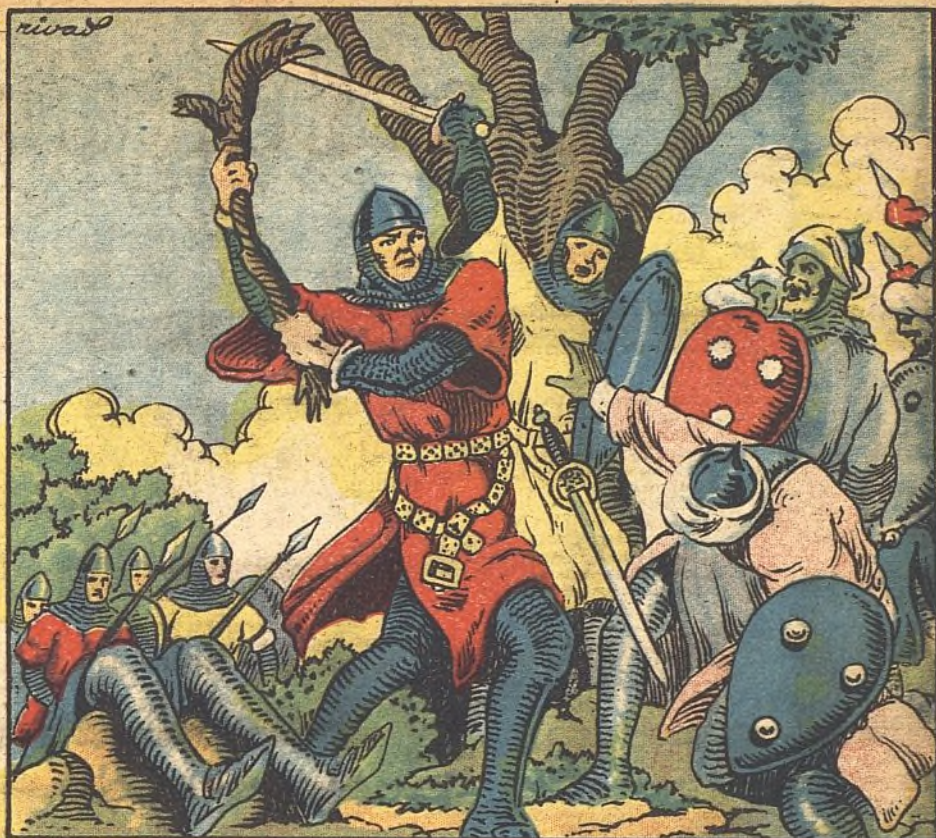
Una vez en posesión de Cazorra, los cristianos ávidos de pelea y de anhelos de redimir el suelo patrio del yugo mahometano, se adentraron por tierras sevillanas, llegando en sus correrías hasta las cercanías de Jerez.

Alarmado Aben-Hud y presa de gran indignación ante lo que era para él una extrema osadía, armó con urgencia un poderoso ejército y marchó a contener la triunfante marcha de los cristianos, a los que encontró en las villas del histórico Guadalete.

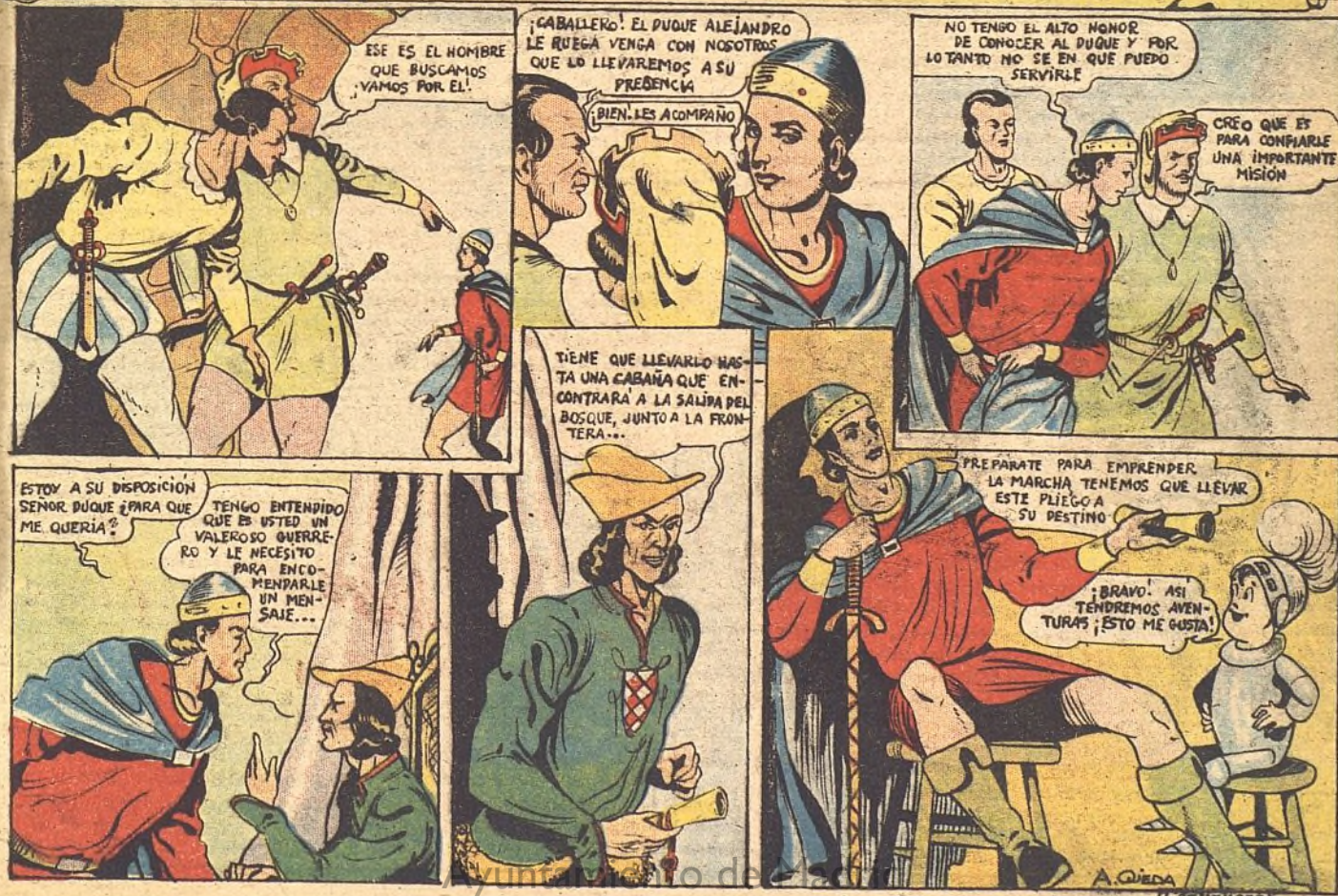
Los cristianos, inferiores en número, no se arredraron ante la hueste musulmana; antes al contrario, atacaron con brío insuperable y pelearon con tal arrojo y valentía que diezmaron a los infieles, entre cuyas numerosísimas bajas, se encontraba el emir de los Gazules, que había venido de Africa.

De esta grandiosa victoria, se destaca el hecho que hoy presentamos y que es la hazaña del famoso toledano Diego Pérez de Vargas, que, rotas su espada y lanza, desgajó una rama de un olivo y empleándola a modo de maza, se deshacía de sus enemigos con tal coraje y machacaba los cráneos moriscos con tal prisa, que el capitán Alvar Pérez de Castro le gritaba, animándole a no descansar: «¡Así, así, Diego, machuca, machuca!»

Y de aquí provino el llamar a este célebre personaje Diego Machuca. La victoria cristiana a que nos referimos, aconteció en el año 1223.



EL FLECHA GUERRERO EN Un pajeillo Treviense



(Continuará).

Religión

El mejor de los Padres

Nuestro Señor Jesucristo anima a la oración con frases llenas de segura esperanza: «Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y os abrirán. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá». Entre los hombres no suceden tan a gusto estas cosas. Con frecuencia, las peticiones que les hacemos son desoídas o despachadas con refunfuños, con excusas, con brusquedades... Tal vez si buscamos al posible favorecedor, se nos esconde



en la fuga o en la mentira. Está donde vamos y nos responden por el susurrio, sus familiares: «Ha salido, no ha venido, tardará en volver, no tiene hora fija». Suenan los timbres, se oyen pisadas en los pasillos y nadie contesta. Nos ponemos a hablar con la puerta porque hemos visto que se entreabría la mirilla, pero la madera es sorda y muda. El timbre repica, se apagan, como por ensalmo, los ruidos de la casa... y sólo contesta el silencio a la llamada insistente, angustiosa.

Con Dios no nos ocurre esto. Empeñó su palabra de atendernos cuando acudamos a Él; y Dios cumple siempre lo que promete. Ha hecho a la oración mensajera e intermediaria entre su Providencia y nuestras necesidades. La dió boca: «pedid». La dió ojos: «buscad». La dió manos: «llamad». Su voz es persuasiva: «se os dará». Su mirada es



certera: «hallaréis». Su pulso es imperioso: «os abrirán».

Mas la eficacia de la oración no está en ella misma, sino en la bondad de Dios que la escucha. La voz, la búsqueda, la llamada son atendidas, porque se dirigen al corazón del mejor de los Padres, «el cual es el principio y la cabeza de toda esta gran familia que está en el cielo y sobre la tierra, del cual se deriva toda paternidad».

Por eso Jesús nos alentaba a la confianza en nuestras oraciones con esta comparación: «¿Hay por ventura alguno de vosotros que, pidiéndole pan un hijo suyo, le dé una piedra? ¿O que si le pide un pez, le dé una culebra? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre celestial dará cosas buenas a los que se las piden!».

Confía en tu oración, porque es el habla de un hijo querido con el más bueno, el más rico, el mejor de los Padres. El cariño, la solicitud, los mimos de tus padres, proceden de Dios en cuanto son buenos para ti.

Un buen padre da a su hijo lo que le conviene y le niega lo que le daña, aunque el niño llore y piense que no le quieren; si el padre cediera a los caprichos perjudiciales para su hijo, no le amaría.

Dios se porta contigo mejor que el mejor de los padres. Invócale siempre confiado. Te escuchará.

V. Franco, C. M.

★ REPORTAJES INFANTILES AL MINUTO ★

Jaimito, el niño terrible

Inauguramos la serie de nuestros reportajes con la presentación de Jaimito, el niño terrible, cuyo nombre, digno de mejor suerte, corre aquí y allá entre exclamaciones admirativas, carcajadas sonoras y reticentes comentarios al oído. Y conste que esta preferencia es puramente casual, pues en las mil direcciones consignadas en nuestro cartapacio, brilla por su ausencia la de Jaimito. Por eso, nunca le habiéráis conocido personalmente.



te, si el azar no dirige aquella tarde los pasos del reportero, hacia la mansión de los señores de Malqueospese, padres de nuestro héroe.

Era una reunión de personas mayores, que el dueño de la casa me fue presentando ceremonioso: Doña Claudia... Don José... Doña Librada... Don Sebastián... Cuando le llegó el turno a Jaimito—quien por cierto no se movió de la silla, como el resto de las señoras—estuve a punto de besarle, pero él, muy digno, avanzó la diestra a mi encuentro, inmovilizándome, a la vez que decía con antipática voz de cornetín desafinado:

—Encantado, muchacho, encantado...

No pude contener una mirada asesina. Sin embargo, la obligada atención al resto de la concurrencia, me distrajo unos segundos del niño. Pocos por desgracia; Jaimito intervenía en todas las conversaciones, opinando sobre los diversos temas, con la suficiencia de un sesudo ingenio:

—Las mujeres, Claudia, sois fáciles de conocer...

—Pero Sebastián ¡eres un pesado! ¡ninguna persona inteligente estudia!

—En efecto, Librada, tu vestido es precioso...

—Alguna vez sonaba la flauta por casualidad:

—Conforme, señores, Morenito banderillea como nadie.

Y otras lindezas por el estilo, que renuncio a transcribir.

Los señores de Malqueospese asentían orgullosos. El resto de la clientela mostrábase no menos complacido. Don Sebastián, mi contertulio más próximo, no cesaba de repetir elogiosas interjecciones, y, a cada instante, inclinaba su enorme cabezota para decirme: —¿Ha visto usted? ¡Es formidable! ¡formidable!.. Pues esto no es nada ¡falta la gracia! ¡ya verá! ¡ya verá!

—¿La gracia?—me preguntaba yo para mis adentros. ¿La gracia?.. Y contagiado en parte de aquel ambiente irresistible, me dediqué a sorprender la anunciada «gracia» del monstruo.

—¿Qué nos preparas hoy? ¿Será buena la broma? ¿Nos reiremos mucho?.. Estas o semejantes interrogaciones surgían de todos los labios.

Pasó una hora... otra... Ya empezaba el concurso a impacientarse, cuando he aquí que la señora de la casa irrumpe en la sala con una bien provista bandeja de confituras caseras, contra la que todos se lanzaron voraces. Todos... menos el que suscribe... ¿Y sabéis por qué? Os lo diré en pocas líneas: Jaimito no comía, y por si este detalle no bastara a despertar mi recelo, Jaimito animaba a comer a los demás... ¿Verdad que tratándose de dulces resulta chocante, por muy prodigio que se sea?

No tardaron los hechos en demostrármelo. Doña Librada comenzó disculpándose... A Doña Librada siguió Claudia... Después Don Sebastián... Luego, Don José... Al poco rato, todos estos señores, sin excluir a los Malqueospese, formaban en fila india en la galería, aguardando su turno.

—¿Qué has hecho?—le pregunté a Jaimito que reía como un bárbaro.

Y señalándome la bandeja vacía, me contestó:

—¡Los eché jalapa! ¡Los eché jalapa!

.....

Al despedirme, le dije a Jaimito, que me seguía:

—¡Qué lástima! ¡Y yo que pensaba hacerte un reportaje!

—¿Para dónde?

—¡Para Flechas y Pelayos nada menos!

—Es igual. Yo no leo revistas infantiles...

Entonces le di un puntapié en las espinillas... con la fuerza de todas vuestras piernas, queridos lectores.

Don Telescopio

Ayuntamiento de Madrid

Vida de los INSECTOS

por GLORIA FUERTES

El «carabús auratus»

Y esto es un animalito pequeño, negro, voraz y atrevido.

«Carabús auratus» se llama nada menos este «bicho» que en Castilla no tiene nombre vulgar; pero los niños del campo le llaman «tragoncito».

Su profesión es ser guarda de las huertas, cuidar las coles y los duros repollos; limpiando las verduras de orugas y la tierra de lombrices.



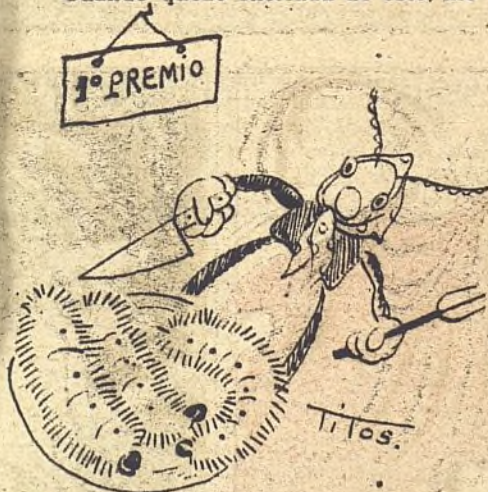
En la huerta de «Las lechugas rubias» hay un concurso entre los carabús para premiar al más tragón.

Lo ganó una hembra de tamaño mediano, que se comió tres orugas peludas en un decir «amén»!

Tragón y carnicero

Las hojas de los álamos, son los paracaídas que usan las orugas de los altos, para llegar a tierra; y el carabús se las come.

Cuando quedé enterada de esto, me



fui bajo los pinos, por cuyo suelo corretean carabús de charol. Estos esperan a que las orugas bajen de los árboles para buscar tierra cómoda donde enterrarse vivas; ¡qué capricho!



Bajaron, y ya son atacadas por los negros insectos. ¡Qué triste y desigual guerra se entabla! Un bombardeo de mordiscos cae sobre las verdes y blandas orugas.

Casi todas están heridas, sus finas pieles rotas, los vientres abiertos, dejan ver que se les va la vida.

¡Más deprisa! ¡más deprisa!

Y el carabús mata y come

«poniendo cara de risa».

Algunas orugas, aun heridas, cavaron desesperadamente para esconderse de sus atacadores; unas que ya tenían medio cuerpo dentro del refugio de la tierra, son arrancadas por el carabús, que en seguida las opera del vientre.

La lucha es cruel, la emoción me exige seguir mirando. Todo es guerra y silencio: ¡Menos mal que las atacadas no pueden gritar! Pero sé imaginarme los imponentes chillidos de las moribundas.

Algunos carabús cansados de matar, se retiran con un trozo de carne engan-



chado en su boca, para devorarlo tranquilo y sin testigos.

Aquella tarde un grupo de estos insectos salieron de entre unos repollos y lejos hallaron orugas velludas; sus crines ondulantes, su ancho cuerpo y aquellos bruscos movimientos, impusieron y dieron temor a los voraces «auratus».

Pero uno, el más desarrollado, dejó el miedo junto a una lechuga y se dispuso a atacar a la despeinada dama doña oruga. Tenía hambre, y sin reparar en peros ni en pelos, el muy cara-dura del carabús se acercó al gusano vestido de verde, muy sonriente, a preguntarle:

—¿Sabe usted qué hora es?

—Las seis.

—¡Uy

las seis!

Pues es

la hora

de comer.

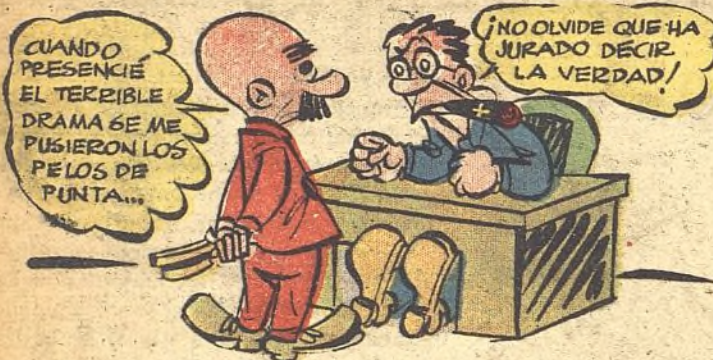
Y diciendo y haciendo, de dos atinados mordiscos la partió en tres trozos sin más explicaciones; y seguidamente se la fué tragando.

Estos bichos «jardineros» y en deporte cazadores, causan a otros temores porque son muy carnívoros.

(Continuará).



3 SANDECES



ESCENAS de BESTIA APOLIS



EL GANGSTER PAT O'SHO



No hay palabras para describir la desesperación del viejo Shah y el dolor de toda Persia. Todo el ejército del rey incluso los cincuenta mil guerreros cuyos caballos tenían las riendas de oro partieron en busca de la princesa. Recorrieron todo el país de Turán en donde el tigre había sido cazado. Cientos de tigres cayeron muertos bajo sus lanzas, pero todo fué en vano y después de recorrer no sólo el Turán sino la mitad de Asia tuvieron que volver a Hispahan y decir al rey que la



princesa no había sido hallada. El Shah se arrancó sus blancos cabellos y maldijo el día en que había perdido lo que más quería en el mundo. Ordenó a sus súbditos que se pusieran de luto como por una reina y mandó leer en las mezquitas oraciones por la liberación de la princesa, haciendo publicar por medio de heraldos que aquel que le trajera a su hija viva la recibiría por esposa y con ella llevaría la Corona de Persia. Para el que se la trajera muerta habría una recompensa de



sesenta años cargados de oro y piedras preciosas. Un premio tan espléndido alentó a muchos príncipes y nobles señores que se pusieron en busca de la princesa perdida, pero todos volvieron sin haberla encontrado, todos salvo uno solo. No era otro que el Príncipe Abderamán.

Si la princesa hubiera sido dada por el verdadero tigre Ahirman, nuestra historia estaría ciertamente terminada, pues no hay nada sa-



grado para un tigre real ni siquiera la más hermosa princesa del mundo. Pero no era así. El brujo Hiram había aprovechado la lucha de las fieras para cambiarse en tigre y cumplir las órdenes de su amo en provecho propio. Resolvió guardarse la princesa para él y, en vez de llevarla a Bom-Bali, el Rey de los Gigantes, se la llevó a su vieja casa allá lejos, muy lejos, en Laponia. Pimpeturi, una lapona, estaba sentada en su tienda haciendo lumbre para cocer la sopa de su hijo Pimpeturi



que estaba mirándose las botas de piel de reno. Pimpeturi era un buen chico, no muy listo y bastante perezoso; su padre Hiram hubiera querido que fuese también hechicero pero eso no era posible. A Pimpeturi le gustaba más comer y dormir que hacer alguna cosa útil. La madre volviéndose hacia su hijo le dijo: «¿No oyes alguna cosa?» «Sí, oigo el fuego que trisca y la sopa que se cuece en las ollas», contestó el chico bostezando de aburrimiento. «Pero no oyes como el rugido de las fieras en otoño?», insistió la mujer.

(Continuará)

EL CUARTO MANDAMIENTO

Novela infantil por JUAN DE DIEGO.



CAPÍTULO I.—La escapada

Madrid, 13 de julio. El sol cae a plomo sobre la ciudad. La huella de los pies queda marcada sobre el asfalto. Los adoquines parecen despidir humo. Madrid está dormido en el sopor del sueño. Son las tres de la tarde y poca es la gente que se aventura a salir de sus casas.

La Plaza de España semeja un inmenso desierto. Falta valor para cruzarla. En cambio, el oasis que la precede, allí donde se alza el monumento a Cervantes, está muy concurrido. Es una larga hilera de caminantes que se pierde en el Paseo de San Vicente. Entre ellos aparecen dos cabezas infantiles. Son un niño y una niña, que marchan cogidos de la mano.

El niño es rubio y no representa arriba de doce años. Viste de falangista. Una flecha dorada que lleva prendida en la boina roja, indica que es jefe de Escuadra. La niña es morena, de grandes ojos negros, muy correcta de facciones; parece una mujercita en miniatura. Es algo más pequeña que el niño. Viste blusa de crepón y falda plisada. Del murmullo general se destacan sus voces:

—Nos reñirán por no haber ido a la escuela—dice la niña.

—Ya lo sé—contesta el niño—pero no importa. Vamos a despedir a tu hermano.

—Papá y mamá ya estarán en la estación. Se fueron casi sin comer, a la una.

La niña parece meditar unos instantes; luego continúa:

—Para estar con él más tiempo, ¿sabes? mamá desde que supo que se iba a Rusia, no ha dejado de llorar un momento. Y no querían que yo viniese para que no me pusiera triste. Como Jaime me quiere tantísimo....

Siempre que tiene un rato libre, juega conmigo a las funciones. El hace de director y yo de artista. Y cuando nos cansamos, me cuenta historias. También me dice que el día que sea ministro, que lo piensa ser muy pronto, comprará un teatro solamente para mí...

Callan los niños en este punto con la respiración agitada y rápidos continúan avanzando por el Paseo de San Vicente, buscando la sombra de los árboles.

De lejos les ven venir tres mozaletes, sucios y descuidados, que están ociosos alrededor de un vendedor de chucherías. Son los tres mandamases de una pandilla de golfos que se dedican al pillaje. Uno de ellos, al que todos apodan «Bocazas», grandullón y grosero, dice:

—¡Mirar, allí viene Juan Luis!

—¿El ahijao de la seña Antonia y del señor Ulpiano?—pregunta otro.

—¡El mismo!—responde «Bocazas», con una sonrisa de desprecio. Su padre está en Rusia. Se fué al principio de la guerra con una expedición de niños. Yo les vi marchar.

—Es un niño idiota—comenta el tercero, canijo y pecoso, escupiendo por el colmillo. El otro día me imitó «afanar» tres manzanas de un puesto.

—¿Por qué no le sacudes ahora, «Bocazas»?—propone el otro. Siempre se está metiendo con nosotros. Además que tú le puedes.

«Bocazas» se hincha orgulloso. El veredicto de su compinche le llena de admiración y al sonreír, con sonrisa de matón perdonavidas, enseña dos dientes mellados.

Nunca había congeniado Juan Luis con esta pandilla de tunantes. Su formalidad se lo impedía. Por eso, al pasar ahora a su lado, temiendo cualquier incidente, se hace el distraído. Pero no es bastante. El «Bocazas», envalentonado por la presencia de sus dos aliados, le da un golpecito en el hombro.

Juan Luis se vuelve y su mano ya no sostiene la de la niña.



—¿Qué quieres?—pregunta. Llevo prisa.
—¿Es que ya no quieres nada con los amigos?
—Yo nunca he sido amigo tuyo.

—Déjale, «Bocazas»—dice burlón el de la cara pecosa—que a lo mejor es que se va a Rusia a rescatar a su padre y tiene miedo a perder el tren.

Un coro de risas corona la frase. Juan Luis siente que le falta la respiración. A decir verdad temía esto de los golfos y para evitarlo se había hecho el distraído. Pero ahora ya no retrocederá hasta solucionar convenientemente el asunto.

Los colores han afluído a su cara y por los ojos despiden centellas.

Admite que su padre hizo mal, pero no consiente que nadie se burle.

Con una pena muy honda, que le traspasa el pecho, herido por el recuerdo de su padre, mira al «Bocazas». Sabe que habrá pendencia y no la teme.

El «Bocazas» sigue riendo, aún más atrevidamente, en cuanto que sabe que a Juan Luis le hace daño.

Y riendo escupe, como su compañero el pecoso, a los pies de Juan Luis.

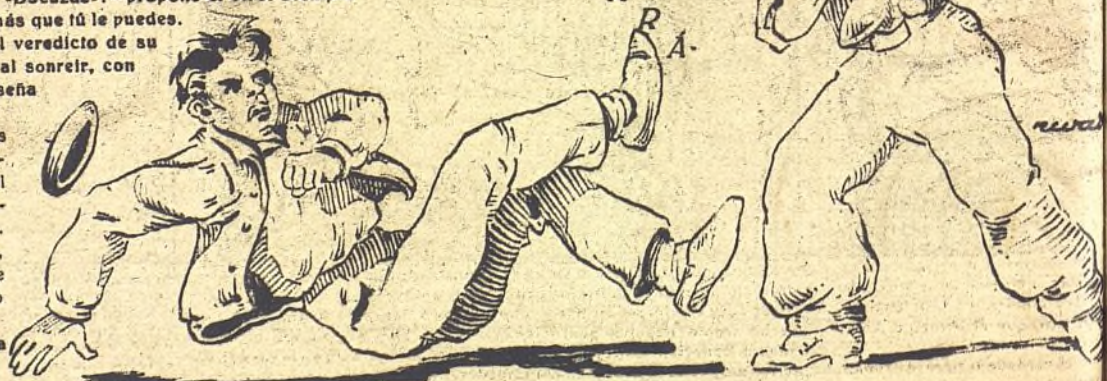
Este, ahora pálido, avanza y el «Bocazas» deja de reír y se dispone a entablar la lucha.

La desproporción entre los dos es grande. Juan Luis no cuenta más que once años y, aunque bien formado y no exento de músculos, es más bien delgado.

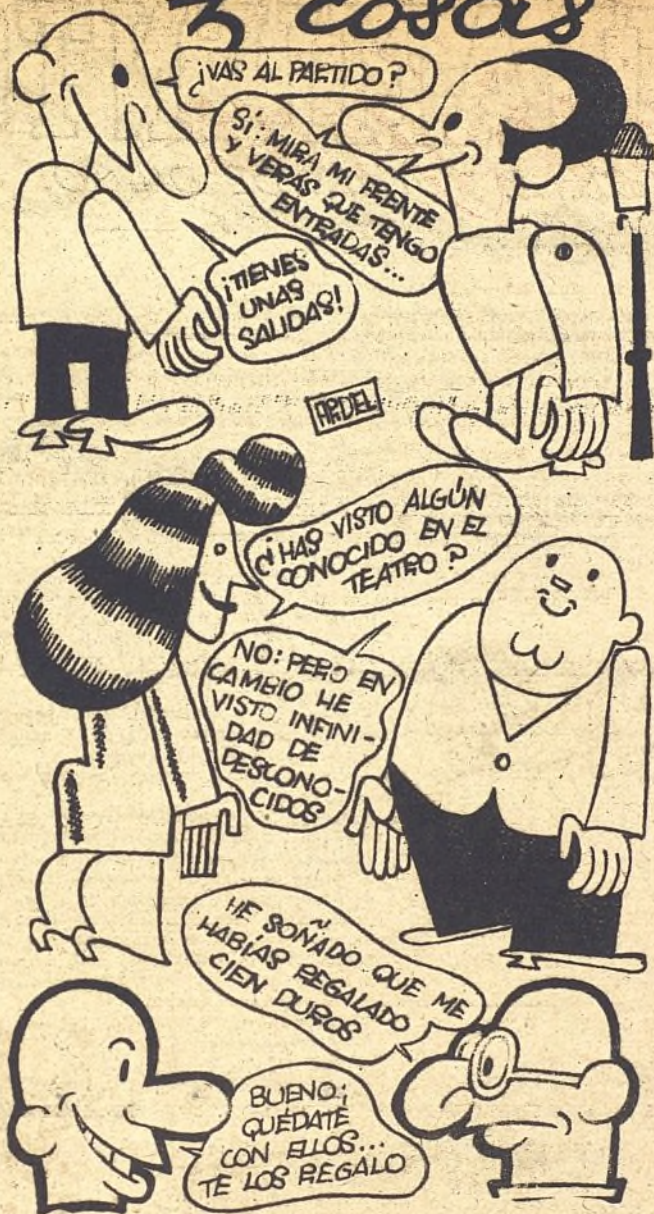
En cambio el «Bocazas» ha cumplido los catorce y es alto y fuerte. Nadie, pues, podría dudar de su victoria.

Pero Juan Luis no se arredra por nada y sabiendo el valor que tiene la iniciativa, en cuanto el golfo está al alcance de su mano contrae los músculos y le propina un soberbio puñetazo en la mandíbula, y antes de que el «Bocazas» tenga tiempo de reponerse, ni siquiera de pensarlo, le larga otro, aún más fuerte, a las narices, y un tercero al estómago, suficiente este último para tirar al suelo a su enemigo, que efectivamente, cae a los pies de sus compinches barbotando mil feas palabras y echando sangre por las narices.

C
O
N
T
I
N
U
A
R



3 cosas



Espejo de JUVENTUDES

Ganaron los dos.—Aún era de noche cuando había iniciado el avance de sus tropas para tomar la zona que, por su situación topográfica y por lo bien a ser, según los ilustres cabecillas rojos, «la tumba rayar el día cuando los defensores de la susodicha a la columna de legionarios que mandaba el entonces Comandante Castejón, a unos tres kilómetros del castillo, que era una verdadera fortaleza dotada por el mando rojo de un arsenal de armas de todas clases. Y así entró en el

do el heroico general Varela mar Maqueda, aquella plaza fortificada que estaba, iba del fascismo». Empezaba a

combate, sin parar mientes la Legión en el tupido fuego que los rojos les hacían. Cuando ya llevaban cubierto, a paso ligero, más de la mitad del camino, un legionario le dijo a otro camarada: —¡Oye, te apuesto un duro a que entro antes que tú en el castillo!

—¡Val! Contestó el interpelado continuando la carrera.

Llegó el momento. El cornetín de órdenes lanzó el toque de asalto. El legionario que había aceptado la apuesta salió corriendo hacia el castillo; pero su camarada había caído en la lucha herido, aunque no grave por fortuna. El legionario desandó su camino, tomó en sus brazos al herido que así lo ordena el Código de la Legión—y continuó corriendo hacia el objetivo de la apuesta. Y al entrar los dos en el castillo, uno en brazos de otro, el herido dijo a su camarada, haciendo además de entregarle las cinco pesetas: Toma, tú ganaste la apuesta. —No, la ganaste tú, tómalas—replicó el que estaba sano. El herido no quiso aceptarlas, pero estrechó fuertemente la mano de su compañero. Y un oficial de la Legión que había presenciado la escena intervino; sacó diez pesetas del bolsillo, fue donde estaban los dos valientes y les dijo: —La apuesta la habéis ganado los dos. Tomad.

Y le dió un duro a cada legionario.



MAYO.

¿Qué quieres saber?



Montserrat Gey, (Lérida).—No sé si llegaré a tiempo con mi modelo; de todos modos te lo envío, así como muy fuertes y cariñosos abrazos.

Leonila y Pili Bernardi y Araceli Martínez, (Melilla).—No sabéis cuánto siento no haber podido contestaros antes, pues para estas horas ya se habrán descubierto las manchas de tinta. Ya me contaréis cómo salisteis del apuro. Mi recortable seguramente lo tendréis ya, pues lo veréis en las librerías. En cuanto a vuestro dibujo, me parece que está muy bien. Yo lo enviaré a Colaboración y allí os dirán si se publica. Os abrazo muy cariñosamente a las tres.

Juli Carlos y Gabi Vicente, (Fuente de San Esteban).—Me alegro mucho de conoceros y de que os guste lo que os cuento cada semana. Os aconsejo que enviéis vuestros cuentos directamente a Colaboración, no a mí, pues yo no me ocupo de esa sección y sólo serviría para retrasar más su publicación en el semanario. Para todo lo que se os ocurra consultarme, ya sabéis que os espero en este rincón. Recibid muchos besos y abrazos.

Maria del Pilar Hurtado, (Toledo).—Leo tu carta y siento no haber podido contestarte hasta ahora a una cosa que te era tan necesaria. Pero debías haber escrito directamente a la Administración del semanario, indicando los números de los ejemplares que querías, y no el nombre de las provincias que te faltan, enviando al mismo tiempo su importe en sellos de correos. Si aun es tiempo hazlo así y seguramente te los remitirán en seguida. Recibe muchos cariñosos abrazos.

Ana María Beehar García, (Barcelona).—No sabes cuánto me he alegrado al leer tu cartita y también mi mamá que es muy amiga de la tuya. Si no he contestado antes, es porque las cartas guardan riguroso turno y no las abro hasta que les llega la vez. ¿Te siguen tirando del pelo al peinarte? Te envío este modelo sencillito, a ver si así no pasas tan mal rato. ¿Y tus hermanitas? Dales a todas muchos besos y con recuerdos de mis papás para los tuyos, recibe un fuertísimo abrazo y un beso.

Pili López, (Villalpando).—Me alegro mucho de seguir teniendo noticias tuyas. ¿Qué tal van esos estudios? ¿Empezaste el bachillerato? Tienes que tener paciencia con lo que mandes a Colaboración, lo mismo que con mis respuestas, pues es tanta la correspondencia que no hay posibilidad de llevarla al día. Siento que mis señas no te llegaran a tiempo. ¿Vino tu papá a Madrid? Le saludas de mi parte y tú recibe junto con tus hermanitos muchos y cariñosos besos.

Asunción Rivera, (Madrid).—Aquí tienes mi foto vestida de hada, como es tu deseo. Te explico la receta de un bizcocho muy sencillo y rico para la merienda. Ingrediente: un huevo, una jicara de azúcar, media de aceite, dos de harina y una de leche, un poco de raspadura de limón y una pizca de bicarbonato. Se bate todo por ese orden y se echa en un molde engrasado, metiéndolo al horno algo fuerte, hasta que suba bien. Luego, si quieres adornarlo con crema, chocolate o mermelada, puedes hacerlo según tu gusto. Recibe un beso grande.

Para Asunción Rivera, con todo el cariño de Mari-Pepa

Correspondencia.—María del Carmen García, que vive en San Lorenzo del Escorial, Soporalés, 5, con niñas de once a trece años, que les guste la lectura y la música.

Mari-Pepa.

Ayuntamiento de Madrid

TLU

CUENTOS DE Mari-Pepa

NIEVE



—Sí, la nieve—me dijo Santi—todos los tejados de las casas han amanecido blancos. En el Retiro habrá mucha sobre la hierba y madrugando un poco podremos pasarnos por allí.

—Si me hubieses dicho eso desde el principio—le interrumpí. Ahora mismo me preparo. Brrr... ¡y qué frío hace! ¡Atchiss!... ¡Atchiss!...

En aquel momento mamá entraba en la habitación y me oyó estornudar.

—Buenos días, hijita—dijo dándome un beso—es preferible que hoy no vayas al colegio, pues parece que estás acatarrada. Hace un frío terrible y puedes ponerte peor. Anda, métete en la cama...

Esta orden, que en otra ocasión me hubiera llenado de alegría, en aquel momento me produjo un gran desconsuelo.

—Te aseguro, mamá, que fué un estornudo sin importancia. A mí me parece que no tengo catarro.

—Se te nota en los ojos; no hay más que verte y, de todos modos, más vale prevenir que curar.... Anda, ¿ves qué calentita y qué bien se está aquí dentro?—añadió mientras me arropaba cariñosamente.

—¡Oh, sí muy calentita!—respondí sin pizca de entusiasmo, mientras pensaba en la blanca nieve que cubrían los jardines y paseos.

¡Con qué envidia vi marchar hacia el colegio a mis hermanos! Iban los dos embutidos en sus gruesos abrigos de paño, medias de lana, fuertes botas con clavos y en la espalda los libros sujetos con correas, para dejar libres las manos.

—Pienso armar una batalla formidable—dijo José Antonio al despedirse—seguramente me encontraré con otros chicos del colegio.

—Cuidado con los resbalones—advirtió mamá. La nieve helada es peligrosísima y más sobre las chapas de hierro que hay en las aceras....

—Yo soy un gran esquiador—alardeó José Antonio—puedes estar tranquila.

Mientras tanto Santi se acercó a mi cama y me dijo calladito:

—¡Qué lástima que no vengas, Mari-Pepa, porque yo prefería jugar contigo que con esos chicos grandotes!...

—A mí sí que me da pena estar

aquí encerrada—suspiré—pero no hay más remedio. Oye, Santi ¿querrás hacerme un favor?

—¿El qué?

—Traerme un poco de nieve de la calle; así me haré la ilusión de haber salido.

—Bueno; entonces me voy a llevar dos botes vacíos y los llenaré a la vuelta.

Santi y José Antonio se marcharon. Pedí a Juana que recogiera los visillos de la ventana para ver caer la nieve desde dentro del cuarto. Era muy entretenido contemplar el vuelo de los copos, unas veces lento, otras muy rápido, formando torbellinos.

—Vaya tiempcito ¿eh?—exclamó la abuela, entrando a darme los buenos días. ¡No has tenido poca suerte en poderte quedar en la cama!...

—Pues mira, abuelita, yo hubiese preferido salir por ahí a patinar....

—¡Válgame Dios! Las niñas de ahora no son como las de mis tiempos.

Entonces nuestra mayor ilusión era ver caer la nieve tras los cristales y, junto a una buena fogarata de leña, escuchar los cuentos y leyendas de nuestras abuelas.

—¿Sabes alguno de esos cuentos?

—Rebuscaré en mi memoria si ello te entretiene—dijo la abuelita sonriendo. Y acomodándose junto a mi cama, empezó:

Por el tiempo de Mari-Castaña, érase que se era....

Y, mientras la abuelita me contaba una de aquellas terribísimas historias, seguía nevando y yo seguía pensando en las batallas de bolas blancas, en el esfanque helado y en los grotescos monigotes de nieve. Así se acercó la hora del mediodía. Un fuerte timbrazo anunció el regreso de mis hermanos. Yo esperaba con impaciencia la aparición de Santi, pero el pequeñajo, lejos de entrar en seguida en mi habitación, no dió la menor señal de vida. José Antonio sí que se acercó, colorado y jadeante, para referirme sus últimas proezas.

—¡Si vieras con qué puntería le di a Juan Ramón en un ojo! Y cuando iba a protestar, ¡paf! le encajó otra bola de nieve en la boca....

—Bueno, eso está muy bien—dije ya impaciente—pero ¿dónde se ha metido Santiago? Quedó en hacerme un recado y le estoy esperando.

En aquel instante apareció el pequeñajo con un bote en cada mano y un aire muy compungido.

—Yo te aseguro, Mari-Pepa, que los llené de nieve hasta arriba, pero....

—¡Pero si aquí no hay más que agua!—exclamé decepcionada al ver el contenido de los botes.

—Es que, como estaba tan fría, sabes, se me ocurrió ponerla un poco en la lumbre para que no te constiparas tanto....

Mari-Pepa



El sombrero y la pecera





proyectiles, mas todo en vano, pues sus atacantes tenían una especial puntería y lo breaban en el buen decir de la palabra.

Una voz de mando se dejó oír en lo alto de un árbol y automáticamente cesó el bombardeo.

El loro don Felipe encarándose con el lobo le espetó:

—¿Qué tal, feroz Tragaldabas, te ha sentado bien la paliza o quieres que sigamos?

—Amable y simpático don Felipe—dijo el lobo en un susurro de voz, pues ni hablar podía. ¿Quieres algo a cambio de que tus huestes me dejen tranquilo?....

—Quiero sencillamente que dejes tranquila a nuestra amiguita Margarita y que no te metas más con ella.

—Pides mucho y no te lo concedo, has de saber que es la comida que tengo para hoy.

—¿Ah, sí? Pues ahora verás. Y el loro don Felipe lanzó un agudo chillido. Y en aquel momento el fiero lobo Tragaldabas, héroe de cien batallas y autor de mil tropelías tembló de espanto ¿Cuál era la causa?... ¡Ahí es nada!... El terrible Tragapeloas, el mamífero cándido, el sanguinario carnívoro, acababa de divisar que enormes tortugas avanzaban en dirección a él como un enjambre de carros de asalto, empezando acto seguido su acción devastadora. Lanzó un agudo grito y dispúsose a defenderse de aquellos tanques atacándolos él a su vez, mas de nada le servía pues estas se escondían en su fuerte caparazón y allí se estrellaban los agudos colmillos del lobo. En cambio éstas le mordían y clavaban sus garras en la carne de él que loco de dolor y de ira se debatía en su propia rabia, sin poder hacer a su vez el más mínimo daño a sus atacantes. Mas



a pesar de ello aún tuvo fuerzas para resistir este nuevo ataque. Entonces el loro don Felipe mandó intervenir la sección de «Gases» integrado por la mofeta Curtis que rápida y veloz evolucionó varias veces delante de él, regalándole con el exquisito perfume en ella característico, luego se marchó y allí quedó nuestro pobre Tragaldabas medio narcotizado por la acción de los deletéreos gases. Y entonces, ¡oh, genio de don Felipe!

no pararon ahí las calamidades haciendo irrupción en escena la infantería con el canguro Tod, su hijo Budy y unos cuantos monos que provistos de palos le dieron una somanta de aupa. Tragaldabas ya, ni podía defenderse. Tantos y tantos eran los golpes que recibía que al fin optó por lo mejor y salió huyendo de estampía como alma que lleva el diablo.

Mas no contento con esta victoria, don Felipe azuzó a la caballería tras él y Niska, Belischa, Xubeta y Zás salieron en persecución del fugitivo. Margarita bajó del árbol y muy agradecida fué besando a cada uno de sus salvadores. Luego dió gracias a Dios y acompañada de todos sus buenos amigos regresó al campamento. El loro don Felipe que iba delante abriendo marcha y muy contento y orgulloso porque Margarita le había prodigado dos besos en lu-

—Hemos vencido
hemos vencido
al fiero lobo
hasta que ha huido.
Le hemos vencido
sin discusión.
¡Málhaya sea!
¡Qué palizón!

Y a poco, uniéronse todas las voces acompañando jubilosas la tal cancioncilla.

FIN.



Mesa REVUELTA

LOGOGRIFO

123456789 Religioso del Carmen.
19387669 Primer libro escolar.
4567669 Ciudad del norte de Aírtes.
123582 Para cubrir la cara.
42379 Nombre de mujer.
3789 Nombre de mujer.
423 Gran extensión de agua.
69 Nota musical.
8 Consonante.

A.

SOLUCIONES AL NÚMERO ANTERIOR

AL CRUCIGRAMA, horizontales: 1. Asturiana. 2. C. Ad. 3. A. P. Asf. 4. Ro. Van. 5. Ia. Ele. 6. Ce. R. 7. Ir. A. 8. As. alD. 9. Necesaria. Verticales: 1. Acarician. 2. S. Ponerse. 3. T. E. 4. U. E. S. R. S. 6. I. A. 7. A. Ave. Ar. 8. Nasal. II. 9. Adinerada.
AL LOGOGRIFO: Bisutería.
AL ROMBO: P. Pez. Pesar. Zar. R.
AL TRIANGULO: Taburete. Bureta. Reta. T.
A LA TARJETA: Asturias.
AL JEROGLIFICO: Un camión y dulces.
AL ROMPECABEZAS: Si no puedes lo que quieres, quiere lo que puedes.
AL JUEGO DE PALABRAS: Cuarterón.
AL PASATIEMPO: Cruz Conde.

JUEGO DE PALABRAS

◆ ◆ ◆ Metal.
◆ ◆ ◆ ◆ ◆ Pieza en varia clase de relojes.
El robo, villa de Castellón.

DICÉSE que la tercera parte por lo menos de los habitantes de la tierra tienen uno de los oídos afectados de sordera más o menos intensa.

ROMBO

0
0 0 0
0 0 0 0
0 0 0
0

Cambiad los ceros por letras y leeréis: 1 Consonante. 2. Ganado vacuno. 3. Dichoso. 4. Río de España. 5. Consonante.

A.



LOS chinos añaden siempre un año a su edad, porque consideran que en el momento de nacer tienen ya un año de vida.



1 2 3 4 5 6 7 8 9



CRUCIGRAMA

Por M. A.

Horizontales: 1. Los que hacen faroles. 2. Letra. Protación. 3. Letras de lago. Tipo que personifica a los ciudadanos de los Estados Unidos. 4. Viaje hacia un lugar. De esta manera. 5. Famoso héroe legendario español. Consonante. 6. Indignación, furia. Interjección de duda. 7. Vocal. Terminación verbal. 8. Consonante. Vocales. 9. Acertado.

Verticales: 1. Nombre de mujer. 2. Agregar. Consonante. 3. Planta que acaban de echarle agua. Vocal. 4. Vocal. Consonante. 5. Consonante. Vocal. 6. Terminación verbal. Consonante. 7. Flor. Vocal. 8. Palmípedas. Del verbo caer. 9. Donde se educan los eclesiásticos.



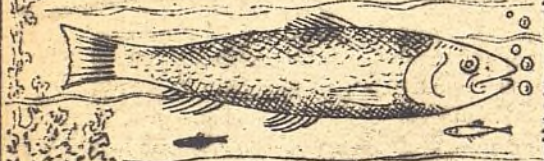
7 errores cometió el dibujante al realizar esta escena. ¿Los veis vosotros?

TRIANGULO

000 00 00 00
00 00 00
00 00
00

Cambiad los grupos de ceros por sílabas y leeréis: 1. Embarcación muy eficaz en la guerra. 2. Tiesto. 3. Nombre de mujer. 4. Niega.

A.



SEGUN experimentos realizados hace años por M. Coates, el salmón, el sollo y los peces de colores, aunque a veces se entregan al descanso, no duermen absolutamente nada.



L banquete más grande de que se tiene noticia fue el celebrado el 18 de agosto de 1889 en el Palacio de la Industria de París. Tomaron parte en él 45.000 alcaldes de Francia, los cuales comieron en tres tandas de 18.000 cada una.



COMBINAD las letras iniciales de las cosas dibujadas de forma que os resulte el nombre de un niño muy conocido entre vosotros.



JEROGLIFICO

N - e Nota S Kr Nota R 1
P 500 Nota S 3

¿En qué fiesta tomaste parte?...

A.



LOS lapiceros comenzaron a emplearse con anterioridad al 1565, según escritos de Conrado Gessner.



Copiad este dibujo de un solo trazo y sin levantar el lápiz del papel.

PASATIEMPO



¿Cómo se llama?



CARMELO

ROMPECABEZAS

Quien, Co, Me, Cho, Po.
Pren, De, A, Mu, Duer.

Refrán popular.

A.



COLABORACIÓN NUESTROS LECTORES



UN BUEN HIJO

En una ciudad española vivían unos pobres labradores, a los cuales para que fuesen felices sólo les faltaba tener algún hijo, pues aunque tenían dinero bastante para mantenerse, también les costaba bastante ganárselo; así que aperecieron con todo su corazón el deseo ya citado; ellos a todos los santos pedían les dieran un hijo, pero nada. Al fin de muchísimos ofrecimientos tuvieron un hijo, que cuanto más crecía, más crecía también su hermosura, bondad y buenos sentimientos.

El niño fue mayor e ingresó en el servicio militar; él hacía todo cuanto podía, pues pensaba que sus padres estarían trabajando la tierra para él; el buen hijo mandaba cuanto ganaba. Pero un día, mientras descansaba en la tienda de campaña al lado de su teniente, una bala le hirió a un centímetro del corazón; el teniente al verle, cariñosamente le dijo:

—Cuando lleguemos a nuestra Patria, aunque hayas muerto serás laureado.

Y entonces el fiel hijo contestó:

—Guarden la gratificación para mis buenos padres. Y dichas estas palabras, expiró.

Manuel Fairén Martínez

Madrid.

LA BUENA MARUJITA

Era una niña muy buena, que se llamaba Marujita; salía todas las tardes a coger mariposas. Una tarde salió en busca de ellas, y estando sentada a la orilla del río, vio una gran mariposa parada en unas ramas. Marujita fue con maña y la cogió; la mariposa al verse cogida, le dijo:

—Súctame; soy la reina de las mariposas y te haré un gran regalo.

Marujita como era tan buena, la soltó y la mariposa cuando se vió libre volando, le hizo un regalo a Marujita, con el que podía tener todas las riquezas que quisiera. Marujita volvió a su casa y les contó todo a sus papás, que quedaron muy contentos por el regalo que le hizo la mariposa. Una vecina que le envidiaba por las riquezas del regalo de la mariposa, salió en busca de dicha mariposa; al estar la mujer junto al río, vió a la mariposa en las ramas y se echó rápidamente a cogerla, pero resbaló y cayó al río, en donde murió ahogada. En cambio Marujita vive feliz, por la buena acción que hizo.

Y catapún chinchón, este cuento se terminó.

José Manzaneda López

Siles (Jaén).

CHISTES

—Oye, pequeño; ¿por qué has roto la mitad de los soldados de plomo que te he comprado?

—Papá—responde el niño seriamente—lo he hecho para formar el Cuerpo de Inválidos.

—¿Me permites que acaricie un poco a tu perro?

—Supongo que no morderá!

—Pruébalo. Así me enteraré al mismo tiempo. Acabo de comprarlo.

El propietario de la casa se dirige severamente al conserje.

—¿Puede usted decirme a qué se debía el escándalo de anoche?

—¡Oh, señor! es que mi mujer y yo celebrábamos las bodas de oro!

—Bueno, bueno; en lo sucesivo cuide de que no se repita.

Maximiliano Martínez

Pamplona.



Manuel Fernández

13 años.—Madrid.



Manolo Dosda

11 años.—Vinaroz.



Fernando de Coca

7 años.—Jaén.



Vicente Poveda

13 años.—Monóvar.



Maria Ribera Torres

11 años.—Flix.



José Laguna

12 años.—Madrid.



Manolo Alarcón

8 años.—Murcia.



José Cascín

8 años.—San Ramón.



José M.ª Vilalta

13 años.—Faiet.



Paquito Angroletti

10 años.—Madrid.



Gregoria Lamillas

10 años.—Madrid.



Atanasio García

11 años.—Urda.



Amada Egle

10 años.—Villarreal.



J. Sibils

Barcelona.



Juan Viñardo

8 años.—Flix.



Ana Maria Bosser

9 años.—Barcelona.



Maximiliano Martínez

11 años.—Pamplona.



Enrique Bris

12 años.—Madrid.



Maria Luisa García

14 años.—Madrid.



José Cabello

13 años.—Carmona.



José M.ª Contel G.

Cañizar del Olivar.



Manolo Quintana

9 años.—Sarriá.



Nuri Justes

9 años.—Almudévar.



Juan Simón

13 años.—Herencia.



Francisco Cubria

10 años.—Santander.



Pilarín Caraballo

6 años.—Zaragoza.



José María Fillol

14 años.—Valencia.



Pablo Sánchez

12 años.—Madrid.



Teresa Pujol Palau

7 años.—La Escala.



José M.ª Cabesudo

11 años.



Pedriquin Sanchis

5 años.—Ochizu.



Leticia Milans del B.

12 años.—Madrid.



José Teno Teno

11 años.—Córdoba.



José San Julián

8 años.—Boal.



Javier Gine

13 años.—Vinalsa.



José Pacheco

10 años.—Alcantarilla.



Emilio Leiva

12 años.—Dos Hermanas.



José Antonio Radells

9 años.—Castellón.



José Saavedra

13 años.



José M.ª Vilalta

13 años.—Faiet.



Ricardo Estrade

13 años.—Vilost.



José M.ª Vilalta

13 años.—Faiet.



Atanasio García

11 años.—Urda.



Juan Viñardo

8 años.—Flix.



Ana Maria Bosser

9 años.—Barcelona.

LECCIÓN DE HISTORIA

Se aproxima un mozalbete Prada, que es bastante chato, a ver lección de historia.

Viriato. ¿Quién fue Viriato?

Viriato. Viriato fue un monarca anglo-sajón hijo del gran Cleón y de la bella Irin.

A la muerte de Tiberio en el sitio de Crimea Viriato entra en Zalamea y se encargó del imperio.

Contrajo allí matrimonio con la princesa lombarda Mesalina, hija bastarda de Indibil y Mandonio.

Y nombrado mariscal de su ejército a Sella, derrotó al general Prim en los campos de Transvaal.

Estando en la Palestina contrató a Viriato de su esposa y Maragato y repudió a Mesalina, puso cerco a Port-Arthur, descubrió la Patagonia y se casó en Macedonia con madame Pompadour.

Lord Wellington que veía estas cosas con enojo, quiso pasar el Mar Rojo y apoderarse de Hungría, para cuya expedición contaba con Polavieja, con Juana la Beltraneja y con Cristóbal Colón.

Pero como Abderramán le debía el Califato a un sobrino de Viriato, apostó junto a Milán una escuadra poderosa al mando de Caracalla, que le venció en la batalla de las Navas de Tolosa.

Viriato pagó al califa tan señalado servicio, dándole un trono fenicio que le tocó en suma rifa, y obsequiándole luego a Boadil con una casa-cuartel para la guardia civil.

En esto la Pompadour que se encontraba en Armenia, llamó a Tolosa Latour, y aunque el doctor hizo alarde de ser hombre inteligente, cuando pulsó a la paciente era demasiado tarde.

Su muerte afligió a Viriato y le hizo vestir de luto y hasta crear un tributo que se llamó el inquilinato.

Ustedes al ver el modo de expresarse el colegial, supondrán que salió mal, pues se equivocó del todo.

Al terminar la lección, dijo el presidente a Prada: «no está usted conforme en nada con ningún historiador, pero como a mi entender de todo cuanto le oí si no ha sucedido así pudo muy bien suceder... mientras de modo patente lo contrario no se pruebe, hay, pues señor, que aguantarse, conque puede retirarse;» y le dió sobresaliente!...

Marisol Cañellas

Madrid. 10 años.

A MI QUERIDA ESPAÑA

España, España inmortal, desde hace tiempo dormías; se cumplen las profecías de tu gran resucitar.

Ya llega la primavera que anunciabas en tu canto por dos hombres: uno Franco y otro, Primo de Rivera.

A esta histórica Cruzada varias gestas le dan gloria: Brunete, Santa Quiteria, el Ebro e Igualada.

Y los hombres de mañana gritamos con gran fervor en honor al salvador: ¡Viva Franco! ¡Arriba España!

Maximiliano Martínez

11 años.—Pamplona.



HECHOS y HAZAÑAS de DOS FLECHAS

TEXTO ORIGINAL DE VALLE



Una detonación retumbó en el bosque y un revoloteo de alas siguió inmediatamente a la caída del papagayo, cuyo plumaje era de un vistoso y brillante color verde.

—¡Buena pieza! —dijo entusiasmado Chambón. Esto me reconcilia con vuestro padre. ¡Ya lo creo!

Paquito corrió al lugar donde había caído el pájaro mal herido. Lo cogió con cuidado y se lo entregó a Chambón. Este, luego de reconocer con cuidado la herida murmuró:

—¡La suerte nos favorece, mucha-

chos! Creo que podremos salvarla. Tiene un ala partida, solamente. Regresemos en seguida para curarla.

Del mejor humor Chambón y los flechas emprendieron a buen paso el regreso. Chambón, con sumo cuidado llevaba el pájaro herido entre sus manos.

Poco trecho habían recorrido cuando un suave silbido cruzó sobre la cabeza de Chambón y una azagaya se clavó cimbreante en el tronco de un árbol.

—¿Qué es esto?

—preguntó al armado Paquito echando instinti-



vamente mano a su pistola.

—¡Una azagaya! —exclamó turbado Chambón. El arma de guerra de los salvajes.

Apenas había pronunciado estas palabras cuando surgieron de la espesura unos cuantos negros de cara feroz que inmediatamente les rodearon. Llevaban en la mano otras azagayas y su expresión no era nada tranquilizadora.

—¿Disparo? —preguntó Paquito dispuesto a defenderse.



—¡Ni pensarlo! —respondió Chambón. Nos matarían como a conejos. Lo mejor será seguirles.

Conducidos entre los salvajes, llegaron a un pequeño claro de la selva, en el que se alzaban unas rústicas chozas construidas con ramas de árbol mezcladas con arcilla y hojas de palmera.

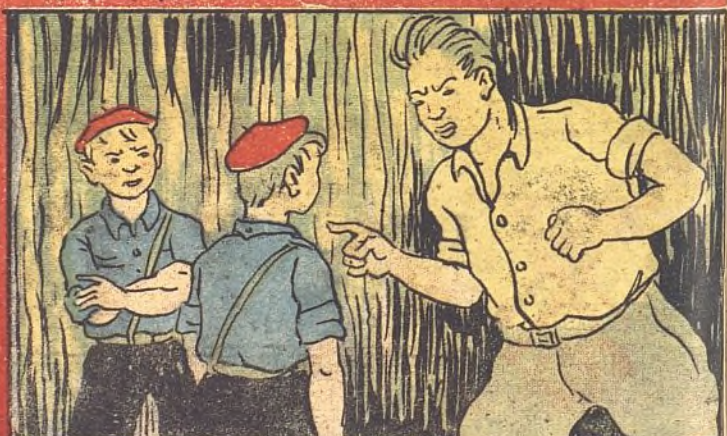
Inmediatamente fueron llevados a presencia del jefe, un anciano de cara redonda y abultado vientre, cuya figura rechoncha



contrastaba con la esbeltez de los guerreros. Nada entendieron los prisioneros de aquel lenguaje extraño que iba acompañado de grandes gestos, parecidos a los que ejecuta un sordomudo.

El jefe, seguía gesticulando y ellos continuaban en la luna.

Al ver que los encerraban en una de aquellas inmundas chozas, comprendieron que parte de lo que había hablado el anciano era su orden de arresto.



¿Qué les prepararía luego la suerte?

—¡Aún no salimos de un lío y ya nos metemos en otro! —dijo Chambón malhumorado en cuanto les dejaron solos en la choza. La culpa de todo esto la tenéis vosotros y yo, por idiotas, y haceros caso siempre. ¡No escarmentaré nunca!

(Continuará.)